

**CANTEMOS CON TODO EL CORAZON**  
**Mons. Ricardo Ramírez, C.S.B.**  
**Obispo de Las Cruces, Nuevo México**  
**Hispanic Musicians' Conference**  
**Tucson, Arizona**  
**6 de agosto de 2009**

**I. Introducción**

Hay que cantar en cada ocasión. Como le preguntaron al Arzobispo Martínez de México hace muchos años, ¿cuándo se permite fumar? (es que el Arzobispo Martínez fumaba cigarros). El contestó, “Sólo en tres ocasiones: primero, en la ocasión de estar uno muy alegre; segundo, en la ocasión de estar uno triste, y tercero, en cualquier ocasión”. Eso mismo podemos decir de la música elevada y dedicada hacia Dios, nuestro Padre en unión con su hijo Jesucristo y el Espíritu Santo. En la música sagrada cantamos del amor que Dios tiene para nosotros y de nuestro amor para él y se puede cantar en cualquier ocasión y cantar con todo el corazón.

La canción a Dios cabe en cada momento de la vida del cristiano. Cuando empieza la vida le cantamos al recién nacido. Cuando va creciendo la creatura empieza a aprender a cantar con nosotros, y en el catecismo, aprende de Dios a través de la canción. Las emociones de la adolescencia son hermosas cuando se orientan hacia lo bueno. Qué hermoso es oír a los coros de nuestros jóvenes que, con entusiasmo y con todo el corazón, alaban al Señor.

La música sacra acompaña los momentos claves de nuestra vida como en la celebración de quince años, de las bodas, de los bautizos, de los aniversarios, y nos acompaña hasta la muerte. Tiene impacto en nuestras vidas aún después de la muerte. Qué consoladora es la música sagrada en las vigiliyas y en los otros ritos en el orden de exequias. A nuestros seres queridos los recordamos al oír los cantos que gozaban nuestros antepasados, por ejemplo, en mi familia y en mi comunidad de crianza cantábamos “Bendito, bendito sea Dios”. “Alabado sea el

Santísimo”. “Tú reinarás,” “Adiós o Virgen de Guadalupe.” Cuando oigo estos cantos, el pasado se hace presente y me hace recordar las raíces de mi fe y las personas que primero me presentaron a Dios y que me encaminaron en mis primeros pasos en el sendero de la vida cristiana.

Como señala el documento, *Cantemos al Señor*, desde el tiempo de Moisés y de David el pueblo creyente ha ofrecido su canción hacia al Señor con su música. Esta expresión musical de la fe siempre ha alimentado a la Iglesia. A veces las palabras se nos agotan para expresar lo que sentimos para cantar con todo el corazón hacia Dios y acudimos a la música que exprese lo que sentimos en el corazón. En la música, juntamos los elementos del ritmo de las melodías que acompañan y que crean armonía con las palabras y los sentimientos que queremos expresar.

¿De dónde viene la música y cuáles son sus orígenes? Como he dicho en otras conferencias para músicos pastorales, toda la creación constantemente está cantándole a Dios: los pájaros que anuncian el amanecer con su chirriar, y peces, como las ballenas y los delfines, que cantan queriendo comunicar su alegría de ser. Hasta los planetas cuyos movimientos rítmicos prestan su alabanza majestuosa a su Creador. Los astrónomos enseñan que los anillos de Saturno hacen un ruido como una inmensa y majestuosa harpa. Me imagino que inclusive las estaciones del año, con su ritmo y color variante, brindan sus cambios regulares de calor o frío, de colores sutiles y brillantes, que causan en los que las vivimos sentimientos de reflexión, paz, alegría y esperanza. La naturaleza nos conmueve, nos consuela, nos sana y nos hace sentirnos bonitos.

Es por medio de la creación que Dios mismo canta su serenata divina hacia sus hijos e hijas como recuerdo de su acompañamiento amoroso a lo largo de nuestras vidas. La música está insertada profundamente en el alma y en el corazón de la persona humana. Inclusive el

cuerpo humano, sin que lo intentemos, vive también su ritmo, como por ejemplo, en el respirar. Para mí el cuerpo humano también es un medio por el cual sentimos el amor de Dios, y a la vez, el medio por el cual le rendimos homenaje al Dios, el Padre Creador de todo lo que somos. ¿Cuántas veces en el respiro hemos experimentado el palpar rítmico de nuestro corazón? Y en el respiro sentimos agradecimiento por la vida, el regalo de aquel que no sólo nos ha creado sino que nos mantiene en la existencia. El cuerpo humano es una alabanza a Dios: los sistemas respiratorios, musculares, digestivos, nerviosos, sanguíneos y esqueléticos, son un armonioso ensamble que en conjunto nos dan nuestro existir cada segundo de nuestra vida. “Gracias a la vida, que me dio 2 luceros, que cuando los abro, perfecto distingo, lo negro del blanco y en el alto cielo, su fondo estrellado, y en las multitudes, el hombre que yo amo”.

## **II. Cantar con todo el corazón**

Lo dicho anteriormente es para introducir el tema: “cantar de todo corazón”. Primero, para cantar con todo el corazón, tenemos que darle mucha atención a la espiritualidad. Todos los que somos responsables por el ministerio de la música tenemos que darle suma importancia a nuestra espiritualidad cristiana. Los ministros de la música no pueden ejercer su ministerio con los corazones vacíos. Así como los que forman la asamblea y el sacerdote que preside, todos tenemos que traer en nuestro corazón los frutos del Espíritu Santo al culto divino. Para preparar el corazón para cantar, hay que dejar que penetre en nuestro interior la fuerza del Espíritu Santo.

Jesucristo condenó a los fariseos porque lo que rezaban y expresaban a través de sus ritos era falso y no verdadero. Eran expresiones huecas y sin significado. Los ministros de la música hemos de darle atención siempre a la importancia de la oración, personal y comunitaria. En preparación para ejercer el ministerio de música en la Eucaristía, así como los lectores y proclamadores de la Palabra tienen que meditar las lecturas, así los músicos deben hacer lo

mismo. Esto quiere decir que hemos de insertarnos en lo que cada misa tiene como mensaje, espíritu, e intención. Por un lado todas las misas son iguales, puesto que cada una celebra los misterios del sacrificio de nuestro Señor, Jesucristo, su muerte y resurrección. Por otro lado, cada misa es diferente en que las lecturas difieren y también nosotros. Este domingo, por ejemplo, cuando vayan a misa, no van a ser los mismos que vinieron a misa la semana pasada, porque vienen con diferentes actitudes o disposiciones según lo que han vivido la semana anterior. Como dice el salmo: “Canta al Señor un cántico nuevo” (Sal. 96). “Canta, canta al Señor un cántico nuevo, un cántico nuevo...”

En cada misa nos acercamos a la Eucaristía con diferentes posturas físicas, emocionales, morales a causa de lo que estamos viviendo en ese momento. A veces yo traigo mi gozo de vivir y otras veces la tristeza del pesar. A veces venimos con el agradecimiento por el amor o la amistad que hemos experimentado, y a veces con los corazones quebrantados y el ánimo bajo. Al contrario, qué bonito sentimos cuando vamos a la liturgia después de haber sanado de alguna enfermedad, haber encontrado una nueva amistad o que nos hemos reconciliado con una persona después de una relación difícil o después de una buena confesión. Qué consuelo puede ser la Eucaristía cuando hemos perdido un ser querido y en la misa lo entregamos a Dios nuestro Padre. Cuando presido en la misa, tengo la ventaja de ver a la asamblea y en sus rostros ver penas y tristezas, sonrisas de felicidad y semblanzas de serenidad, lo veo todo y todo lo entrego a Dios cantando: “Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.”

Quizá el reto mayor para el ministro de la música no es tanto desarrollar el talento de tocar o cantar, sino desarrollar una profunda espiritualidad para que así podamos cantar con todo el corazón. Esa expresión, “con todo el corazón” nos reta a pensar en el Sagrado Corazón de

Jesús, que estaba lleno de puro amor para todos, y en ese corazón gozaba constantemente la presencia amorosa de su Padre, “El Padre y yo somos uno”. Esa conciencia es lo que lo impulsaba a entregarse totalmente al servicio de sus semejantes. “He venido no a ser servido sino a servir”.

Cantar con todo el corazón también quiere decir que amamos lo que cantamos, amar a quienes le cantamos, y amar a quienes invitamos a que canten con nosotros. Amar lo que cantamos quiere decir que le tenemos un gran afecto al mensaje del texto musical que si es verdaderamente cristiano, está relacionado de una forma u otra con la persona y el mensaje de Cristo. Y, ¿cómo le vamos a tener amor a Cristo si no lo conocemos? Por esta razón el ministro de la música tiene que tener una relación profunda y verdadera con Cristo y tener un pleno conocimiento de su mensaje que se encuentra, sobre todo, en el evangelio. Tenemos que estar continuamente corriendo a la fuente de agua viva, a la Palabra de Dios, que es, a la vez, lámpara para nuestros pies y el pan que da vida.

### **III. El ministerio de la música escucha**

Les quiero dar un consejo: hoy día el coro está situado en un lugar cerca al presbiterio, y toda la asamblea los ve durante la liturgia de la Palabra. Pongan buen ejemplo en su postura. Fijen su mirada en los lectores y den su atención a la predicación de la homilía. Con frecuencia me molesta y peor, me distrae, cuando los miembros del coro están platicando, están hojeando el himnario, o están afinando sus guitarras. Así como hacen el empeño de cantar con todo el corazón, así también escuchen con todo el corazón.

Quien nos enseña a escuchar es la Virgen (Lc. 2). Ella canta con todo el corazón, “Mi alma glorifica al Señor” después de escuchar al ángel y a su pariente Isabel y después de que se da cuenta del gran gesto divino del envío del Hijo de Dios al mundo y que en ella se encarna el

Salvador del mundo. Ella primero escucha y después canta. Ella es el modelo para los que cantan en la liturgia: primero hemos de escuchar con toda la atención posible para después cantar con todo el corazón. No hay que olvidar que María Santísima brotó con el canto del *Magnificat* cuando, en su seno, empezó la presencia de Dios hecho carne entre nosotros, “Mi alma se alegra en el Señor.”

En la ocasión de cantar el *Magnificat*, María es la maestra predilecta de todos los que quieren cantarle a Dios. En el *Magnificat*, ella traslada palabras de alabanza recopiladas o inspiradas de varios lugares en el Antiguo Testamento: el canto de Moisés (o el canto de Miriam) (Ex. 15), de Joel, de Tobías (Tobías 13:1-8), de Judit (16:2-3, 10-15), de Jeremías (31:10-14), de David (2 Sam. 22), de Isaías (45:15-25), del Salmo 100.

También encontramos en la literatura de San Pablo el canto a Cristo en el segundo capítulo a los filipenses. Ese canto resume el significado pleno del plan de Dios para rescatar al mundo por medio de la encarnación, la muerte y la victoriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo (Fil. 2). Sin duda este canto era comúnmente cantado por la Iglesia primitiva que primero había escuchado el anuncio del *kerigma*.

El Libro de la Revelación o el Apocalipsis está lleno de cantos de alabanza al Cristo el Cordero que ha quitado el pecado del mundo. El escritor de este libro se entiende que fue San Juan el evangelista, que también, como la Virgen María es un gran modelo de alguien que supo escuchar. Como lo dice en su primera carta, “lo que hemos visto y oído se lo damos a conocer para que estén en comunión con nosotros, con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3).

#### **IV. La música sacra en servicio a lo sagrado**

Creo que los modelos que nos presenta la Biblia de los cantos de comunidades creyentes nos pueden ayudar mucho a discernir la calidad, y si acaso la música seleccionada expresa las

verdades principales que son el fundamento de nuestra fe. Esto lo digo porque la música que acompaña la liturgia deberá hacerle eco, darle claridad, hacer destacar y embellecer lo que estamos celebrando, es decir, los misterios de nuestra salvación. Los cantos no sólo vienen del corazón de la persona que canta sino también del corazón de la Iglesia, del corazón de todos los santos, del corazón de su enseñanza y del corazón de su tradición a través de los siglos.

Además de conocer las sagradas escrituras, el ministro de música debe de conocer y tenerle gran aprecio a los sagrados misterios que celebramos. No hay que olvidar que la Eucaristía, por ejemplo, es la representación, la realización en el momento actual y en nuestra presencia, del misterio de nuestra salvación, el sacrificio de Cristo en la cruz y su resurrección. Es, a la vez, nada menos que el banquete de la última cena a la que somos invitados. En la misa realizamos, repetimos, el pasado en el presente. La presencia de Cristo entre nosotros es lo más grande que nos impulsa a cantarle alabanzas.

Lo que aquí estoy señalando lo dice el documento, *Cantemos al Señor* de otra manera. Tocando el tema de la selección de cantos de nuestras celebraciones, el documento nos habla de tres juicios que deben tomarse en cuenta. Primero habla del **juicio litúrgico**. Dice el documento, “¿esta composición es capaz de responder a los requisitos estructurales y textuales establecidos en los libros litúrgicos para este rito particular?” (No. 127) Además, el documento nos enseña que el arreglo musical ha de ser capaz de apoyar el texto litúrgico y transmitir su sentido fidedigno a la enseñanza de la Iglesia, como señalé anteriormente.

El segundo juicio es el **pastoral**. Este toma en cuenta la comunidad reunida para celebrar la liturgia en un lugar y en un momento determinado. Pregunta el documento, “¿esta composición musical promueve la santificación de los miembros de la asamblea, acercándolos a

los santos misterios que se celebran? (No. 128). ¿Fortalece su formación en la fe abriendo su corazón al misterio que se celebra en esta ocasión o en este tiempo?” (No. 130).

Otros factores importantes que hay que considerar son la edad, la cultura, el idioma y la educación de una determinada asamblea litúrgica (No. 132). Hace unas semanas, cuando celebraba la confirmación en una parroquia en la cual todos los que se confirmaron eran jóvenes, la música seleccionada era demasiado solemne y distante del gozo que debería haber predominado en ese ambiente juvenil. Comentaron algunos después de la celebración que la música hubiera sido más apropiada para un funeral que para las confirmaciones.

Bien dice el documento que hemos de evitar las formas de expresión musical que podrían ser ajenas al estilo de culto acostumbrado, introduciendo precipitadamente nuevas formas (No. 132). Sin embargo, hay comunidades que con relativa facilidad pueden aprender nuevos cantos. Recuerdo muy bien que, cuando trabajé en México, rápidamente introducimos los cantos de Cesareo Gabarain (“Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre, en la arena he dejado mi barca, junto a ti, buscaré otro mar”), en parte porque las melodías no son complicadas y el texto de sus cantos son bíblicos, claros, con una expresión lógica y sumamente poética. Uno de los primeros compositores de música sacra para hispanos en los Estados Unidos fue Carlos Rosas. También sus melodías son fáciles para aprender y su poesía resuena con los sentimientos del pueblo hispano. Recuerden: “Si tú quieres saber cómo son esas flores, cómo es el cantar del Ave Azul de aquel lugar, todo eso hallarás al escalar esa montaña, donde brota el Amor, donde nace la Flor del más bello color”.

El documento habla del juicio **musical**. Se pregunta si esta composición tiene las necesarias cualidades estéticas para llevar el peso de los misterios celebrados en la Liturgia. Hace la pregunta, “¿esta composición es digna a nivel técnico, estético y expresivo?...sólo la



música verdaderamente artística será efectiva y perdurará en el tiempo. Aceptar en la liturgia música barata, trillada, o cliché, como a menudo se encuentra en las canciones populares seculares, es mal baratar la liturgia, exponerla al ridículo, llevarle al fracaso” (No. 134-135). Por ejemplo, la muy popular canción *Amor Eterno* la he escuchado en funerales donde palabras sagradas sustituyen palabras populares o seculares. Les pregunto, ¿será esta manera de combinar lo secular con lo sagrado una parodia que hay que evitar?

Hay un grupo popular que lleva el nombre “Los Divos”. Este cuarteto canta muy bonito. Lo que me intriga es la selección de su nombre, “Los Divos.” Para mí, esa palabra, que en su forma femenina, *diva*, implica una persona llena de egoísmo, pomposa, narcisista, altanera, con una actitud de superioridad. A una verdadera diva o divo no se le puede contradecir, corregir, ni criticar. Espero que en nuestra Iglesia, todos tratemos de evitar la actitud de diva o de divo. Sin embargo, los he encontrado. El ministro de la música, ya sea quien dirige el coro o uno de los miembros, al contrario, debe ser humilde y abierto a cualquier crítica o sugerencia.

Me podría imaginar de un taller para coros, los cuales podrían grabar por medio de video cada coro y posteriormente, pasar el video y abrirlo a críticas de los miembros del taller. Esto lo hicimos como seminaristas cuando empezábamos a predicar. Los compañeros seminaristas nos criticaban, y aunque fue difícil recibir las críticas, nos ayudaron mucho en el desarrollo de nuestra habilidad en la predicación. Una vez me grabaron mientras me hacían una entrevista tipo periodística. Cuando me vi en la pantalla noté que mis posturas y gestos físicos le quitaban efectividad a la entrevista. Los dedos de mis manos los movía expresando mi nerviosismo. Siempre es bueno reconocer cómo nos ven o nos escuchan los demás y estar abiertos a recibir sus correcciones para que podamos desarrollar una mejor calidad de música para la liturgia. Coros, grábense en video y luego critíquense ustedes mismos.

El Cardenal Daniel DiNardo, en una plática que dio para la Conferencia de Músicos Pastorales Nacionales dijo, “Existe la necesidad de que músicos y cantores buenos y con experiencia guíen con respeto a nuestros coros, grupos, y músicos hispanos, que son generosos con su voluntariedad pero que necesitan más madurez”. Ustedes, ¿qué opinan sobre lo que dijo?

## **V. La unidad en la diversidad**

La Iglesia de los Estados Unidos tiene más diversidad de culturas que los demás países del mundo. A esta nación han llegado personas de todos los rincones de la tierra. Gracias a Dios, entre esta variedad de gente han llegado muchos católicos y han contribuido a un hermoso mosaico de culturas, idiomas, expresiones artísticas y tradiciones religiosas. Al mismo tiempo, esto ofrece el reto de cómo integrar esa diversidad en nuestras comunidades que son llamadas a la comunión o a la unidad. En primer lugar, los ministros de música tenemos que respetar todas las formas musicales sagradas que introducen otras culturas.

Todos queremos que otros canten lo nuestro pero hay que hacer el sacrificio de aprender a cantar las canciones de otras culturas. Gracias a Dios, en muchas comunidades las asambleas aceptan con relativa facilidad cantar himnos bilingües y a veces hasta trilingües. El problema surge cuando hay más de dos o tres culturas en una comunidad.

Recientemente me contó un sacerdote su experiencia en una parroquia en la que había anglos, hispanos y vietnamitas, entre otros grupos. Los vietnamitas, con bastante razón, insistían en tener su propia vigilia pascual. En esa comunidad había y sigue habiendo muchas conversiones de budistas vietnamitas que se inician en la Iglesia católica. Un año, celebraron dos liturgias en la vigilia pascual, una tras otra. Me dice el padre que terminaron a las 5 de la mañana. El siguiente año, la comunidad vietnamita pidió que su vigilia se celebrara el domingo de pascua a las 2 de la tarde, la hora acostumbrada para tener su misa dominical. Es

contradictorio tener la vigilia pascual el día de la resurrección. El problema se solucionó al tener una sola vigilia para todos, utilizando cantos en diferentes idiomas. Sin embargo, parece que muchos no quedaron contentos, y no sólo los vietnamitas. No me pregunten a mí cuál sería la solución. Se la devuelvo a ustedes para que lo discutan y encuentren soluciones.

En Houston encontré a un director de música en una parroquia que tuvo el éxito de juntar los coros de su parroquia, el de inglés y el de español. Para el ensayo, llegaba el coro de inglés a las 7 de la noche y ensayaba media hora. A las 7:30 llegaba el coro de español, y juntos practicaban ambos coros, especialmente cantos bilingües. A las 8:00, se iban los del coro de inglés y practicaba el de español por otra media hora.

## **VI. Los consejos de San Agustín**

Quisiera aplicar al ministerio de música los principios que San Agustín presenta a los catequistas. Todos los cristianos somos, como dice Aparecida, discípulos y misioneros. Para comunicar efectivamente, dice San Agustín, uno tiene que enseñar, encantar y convencer. Como los catequistas, los ministros de música participan en la transmisión de las verdades de Jesucristo. Para hacer esto, el ministro de música, también como el catequista, debe conocer la verdad y esto requiere un conocimiento pleno de las verdades que transmitimos. Además de presentar la verdad, necesitamos encender el amor de Dios y del prójimo en los corazones de los que nos escuchan, y esto se hace en la presentación de la historia del amor de Dios para nosotros.

San Agustín nos dice que quien transmite la fe tiene que mantener la atención del oyente, y esto lo hace por medio de encantar a los oyentes. Como me decía Salvador Hernández, un cantante de música ranchera en Las Cruces, “nosotros los músicos tenemos que hacer que la gente se sienta bonita por medio de la música”. No es suficiente que quien es instrumento de fe simplemente diga la verdad, tiene que hacer que los oyentes quieran escuchar la verdad. Para los

de música sacra, esto quiere decir que tenemos que cantar y tocar lo mejor que podamos para traer a otros a la persona y mensaje de Jesucristo.

Aquí cabe recordar la conversión de San Agustín. Por años su madre, Santa Mónica, rezaba que su hijo dejara su vida de inmoralidad, y San Agustín decía, “Señor hazme casto pero todavía no”. Por fin, cuando caminaba cerca de una iglesia de Milano, Italia, oyó a la gente cantando el *Aleluya*. Lo han de haber estado cantando con tanta belleza y magnificencia que se emocionó y desde ese momento, empezó a creer. Ustedes, los ministros de música sacra no se menosprecien. Dios los quiere usar para la conversión y el seguimiento de Cristo entre los que los escuchan.

Así como el catequista, el ministro de música no solamente conduce a otros a que entiendan algo intelectualmente, sino también los conduce a algo que hay que hacer. En otras palabras, la manera en que presentamos a Cristo debe motivar una vida cristiana. Todo esto se puede resumir con estas palabras, quien es instrumento de la fe debe conocer la verdad, presentarla de tal forma que atraiga y mantener la atención y estimular e inspirar a otros para que actúen según lo que han oído: vivir como verdaderos discípulos de Cristo.

Pero San Agustín no termina con esto. Dice algo todavía más importante, y esto es que la persona que expresa su fe tiene que hacerlo con gozo. Sin esta cualidad, con dificultad se comunicará la fe. Hay que concentrarnos no sólo en nuestros sentimientos cuando cantamos sino también concentrar en los que nos están escuchando y reconocer que no estamos cantando para nuestra propia satisfacción sino que estamos al servicio de los demás. La alegría a la que San Agustín se refiere, proviene del amor que uno tiene por lo que se desea transmitir, o sea, el mensaje de Cristo y amor hacia quienes se les está transmitiendo. En otras palabras, amar a Jesucristo y amar a quienes involucramos en la canción. ¡Sonrían!

Para terminar, quiero felicitarlos por aceptar el reto de ser ministros de la música en sus parroquias. Lo que están haciendo es importantísimo, puesto que la fe de los hispanos está muy arraigada, especialmente entre los que asisten a las liturgias. Van con hambre y sed de algo que llene sus corazones, y si cantamos de todo corazón, lo vamos a lograr. Ustedes son instrumentos de enseñanza, de sanación, de inspiración, y tienen la capacidad de unir al pueblo con su Dios y entre sí mismos y así lograr la comunión por la cual Jesucristo oró antes de morir: “Padre, que sean uno como Tú y yo somos uno”. Un coro que logra que el pueblo cante con él, crea esa comunión de voces y corazones que es la mayor expresión de alabanza a Dios.

Recuerden el texto de San Pablo en su carta a los romanos: “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom. 8). El Espíritu Santo es el gran don de Jesucristo y llega precisamente al corazón donde las cosas más importantes existen: la fe, el amor, la esperanza, el perdón, el agradecimiento y la compasión. Es el Espíritu Santo que es el origen de lo más hermoso de cada uno de nuestros seres: un corazón santificado. Si le abrimos la puerta de nuestro corazón al Espíritu Santo entrará y nos llenará de la luz, la paz y la alegría que nos ayudarán a cantar con todo el corazón. Sobretudo, canten con alegría. Porque si ustedes son alegres al cantar, van a contagiar a toda la asamblea con su alegría. Así que, vayan a cantar y, por favor, ¡sonrían!